

15 céntimos.

JUAN PARRANA

Madrid 17 de Mayo de 1901

Cuarta época.

Año I.—Núm. 6.

Oficinas: Gobernador, 4, bajo.

REVISTA SATIRICA ILUSTRADA
SALE LOS VIERNES

Madrid y provincias, 2 pesetas trimestre. ☒ Extranjero, 15 pesetas al año. ☒ 25 ejemplares, 2,50 pesetas. ☒ Anuncios, precios convencionales.

SAN BENITO, LABRADOR DE "ELECTRAS,,



—¡Ah!.... ¡Oh!....

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

LIT. MENDEZ-IZABEL LA CATÓLICA-25-MADRID.

«LO CURSI» EN ITALIANO

El Sr. Tedeschi, corresponsal de *La Tribuna* en Madrid, traduce todo lo que sale. No le falta más que italianizar a Miguel Echegaray y a Jackson, para que podamos decir de él que no pierde ripio.

Que el Sr. Tedeschi haya vertido al italiano el drama *Electra*, es digno de aplauso.

Que el distinguido periodista tradujera del italiano la comedia de Bracco *Infel*, apoyándose en la valiosa colaboración de Sellés, igualmente es plausible.

Pero mi amigo Tedeschi ha descubierto un procedimiento que no deja de ser curioso, es a saber, traducir las comedias y los dramas españoles al italiano, no para que la traducción se represente en Italia, sino para que se haga en España. Y, la verdad, querido Tedeschi, de esto a traducir el *Quijote* del francés no va un paso. Yo me alegro de ello, porque me gusta que mis amigos ganen todo el más dinero posible, pero no creo que sea en España donde deban estrenarse las traducciones italianas de las comedias españolas.

Ahora se ensaya en la Comedia, y pronto será el estreno, *Lo cursi*.

De admitirse el sistema Tedeschi, pocas veces asistiremos a homenaje más merecido. Cuantos me leen, saben de antiguo la opinión que de Jacinto Benavente tengo. Desde *Juan José* acá, sólo Galdós y Benavente hicieron literatura nueva en nuestros teatros.

Hace poco, López Ballesteros publicó importante estudio acerca de Benavente. A él remito a mis lectores. Cuando el estreno de *Lo cursi*, mi amigo Pepe Laserna escribió una de las mejores revistas teatrales que recuerdo de estos últimos años, y en ella señalaba las semejanzas y desemejanzas entre Benavente y Lavedan.

Ningún autor de los de hoy merece tantas alabanzas como Jacinto, no ya por *La comida de las fieras*, su obra maestra, ni por *Genete conocida* y por *Lo cursi*, sino por los mismos fracasos. ¡Ah, señores! ¡Aquella *Farándula*! que degolló el inolvidable Pinedo, inolvidable por lo malo, era una maravilla! Me comprometí a demostrarlo fácilmente, y aconsejé a Tirso Escudero que resucitara tan hermosa obra.

Acerca de *Lo cursi*, en debido tiempo di en *La Correspondencia* mi opinión. Ni me rendí de todo, ni fueron graves los reparos que puse.

Tuve entonces alabanzas, *para avis!* para los intérpretes. De las pocas obras que últimamente se representaron bien en nuestros teatros, una fué *Lo cursi*. Matilde Rodríguez, Rosario Pino, Rubio, Vallés, Ortega, cumplieron como buenos. La Srta. Bremón y el Sr. La Riva tampoco estuvieron mal. La única que no acabó de convencerme fué la señorita Catalá.

Ahora veremos *Lo cursi* hecho por actores italianos, y me da el corazón que no vamos a ganar nada en ello.

Bien que se alabe y se ponga en lo más alto del cielo lo extranjero, cuando lo extranjero sea la Duse; pero ya va siendo hora de que procuremos empezar a sacudirnos la *extranjéritis* crónica que nos amenaza.

¿Por qué no decirlo, si es verdad? Superiores a la Mariani, tenemos aquí algunas actrices; no muchas, pero algunas, si; porque para las comedias no nos faltan, aunque en los dramas ya escasean más.

La Mariani era, ante todo, una mujer bonita que se presentó al público de Madrid con obras nuevas, y a estas circunstancias, antes que a su mérito de artista, debió el triunfo.

La Vitaliani tiene arranques dramáticos; es una actriz de pasión, de fuerza para las situaciones violentas. En este terreno la juzgo muy superior a la Mariani y a otras celebraditas. Pero le faltan gracia y delicadeza. Su talento es poco flexible. Matilde Rodríguez, Carmen Cobeña, Nieves Suárez, abarcan más. No se escandalicen mis lectores. No es indispensable llamarse la Rodríguez, ni la Cobegnini, ni la Suarezzani.

Para el papel de la *tía*, que tan admirable-

mente desempeñó nuestra gran Matilde Rodríguez, ¿qué actriz de empuje trae la señora Vitaliani?

¿Quién reemplazará a Rubio? Podrán acaso igualarle el Sr. Duse o el Sr. Zoppetti. ¿Superarle? Apuesto a que, en este papel, no!

Y suprimiendo a la Vitaliani, a Zoppetti, algunas veces al Sr. Duse, y pocas veces a la señorita Farina, ¿quienes quedan en la Compañía de exportación que va a estrenar *Lo cursi* en italiano? Chicotes y Chavitos acabados en *ini*.

Allá lo veremos; pero por esta vez temo que los actores de la señora Vitaliani sólo servirán para que floremos la ausencia de nuestros actores de la Comedia, y pensemos que ni todo el monte es orégano, ni hay para qué abrumarnos cada primavera con actrices y actores extranjeros que, como no sea por lo de no ser españoles, no hay razón para que despierten nuestro entusiasmo, ni menos, y esto es más importante, para que el público tenga que pagar localidades más caro.

CARAMANCHEL.

¡YA ESTAN AHÍ...

¿No los habéis visto, invadiendo calles y plazas, travesías y reservados que tiene Madrid?

En plena puerta del Sol, sin temor a la *insidiosa* red tendida por los belgas, ocupan el asfalto por grupos, pelotones y *manadas*.

Los tranvías redoblan sus *timbrazos*; los simones, más filósofos, *vocalizan* pesadamente; los golfos imitan el galopar de los caballos pretendiendo asustarles.

Todo inútil no salen de su paso.

Algunos van ensartados, cogidos de las manos, y parecen prontos a entonar la copla de *los de Calatorao*: otros van aparejados, es decir, de dos en dos, como colegiales que marchan al recreo.

Los que aparentan tener prisa no van a ninguna parte: en cambio los que se hacen los distraídos, no perdonando en su requisa perezosa escaparate, puesto ambulante, ni cartel, aunque no sea del día, esos ofrecen segura presa al *carterista* siempre vigilante y que en tales días no se da punto de reposo.

¡Ya están ahí...! Los provincianos, los puletos, los *Isidros*, que con todos estos nombres les obsequiamos: aprovechando increíbles rebajas en los transportes, verdaderamente asimilados a los ganados, en una tarifa casi común y en casi iguales condiciones de *confort*.

El día del Santo corren en tropel a la pradera y fraternizan con los *castizos* hijos de la villa del oso y del madroño, ofreciendo el rico *morapio* en holocausto al buen patrón.

Algunas empresas ferrocarrileras, en sugestivo preámbulo, fundamentan sus trenes extraordinarios de Mayo en los «alicientes» de la romería de San Isidro y otros *festejos*.

¿Qué «otros festejos» serán esos, que no ha dado con ellos nuestro celoso Ayuntamiento «en su afán constante de atraer concurrencia a estas clásicas solemnidades, beneficiando industria, comercio y agricultura madrileñas?»

Como no sean las maniobras y ajetreos militares de estos días.

O la Exposición de Bellas Artes del *cuartelillo* del Hipódromo.

O las elecciones del próximo domingo, si se consigue que *revistan* la importancia en pucherazos y chichones de otras veces.

O algún estreno «sensacional» de Sellés. La imaginación se pierde en un laberinto de confusiones.

Pero ellos, nuestros huéspedes de quince días, no se preocupan de nada: son poco exigentes y se contentarán con lo que les den, esté o no incluido en el natural programa.

Irán a los toros, a la pradera, a los teatros, a las elecciones, al *Oriental*, a hacer los encargos del cacique, y cuando, rendidos y maltrechos, se sometan a nuevo embalaje, ya

pasado el plazo reglamentario, volverán a sus hogares satisfechos, ahitos de emociones y escuálidos de bolsillo, recordando con fruición y «haciéndose lenguas», las *novedades* sensacionales que encontraron por Madrid, en este viaje:

Los bigotes encrespados, a lo Bancarel, y las focas amaestradas, que parecen personas conocidas, del circo de Parish!

Un «Madrileño» que tampoco es de Madrid.

EL POBRECITO AUTOR

—¡Por Dios, mi querido amigo, no se ponga V. pesado aconsejándome siempre que escriba para el teatro! Ya me sé yo de memoria que es el género más práctico y el más productivo dentro del oficio literario; pues mientras por unas coplas le dan a uno cuatro cuartos, estrenando un par de piezas con un éxito mediano, puede disfrutarse del trimestre tan decantado. Pero V., querido amigo, no sabe lo que hay debajo de ese asunto, que parece tan expedito y tan llano. Divididos los autores en *chorizos* y *polacos*, mientras los unos defienden el *misterioso garbanzo* administrándose solos intimamente asociados, los otros se manifiestan tenazmente reaccionarios, no queriendo sacudirse de las garras del tirano y creyendo todavía que el editor es un santo: y el que por independencia o por tener mucho *saldo* se encuentra con que no forma en alguno de los bandos que tienen los coliseos por mitad acaparados, jese, ni come ni bebe ni besa ni chupa espárragos! V. no conoce el cuento de aquellos dos ciudadanos los cuales, de acera a acera, se estuvieron peleando? A falta de proyectiles que produjesen más daño, con un par de lavativas los contrincantes se armaron, y no con agua de rosas «hinchidos» los aparatos, sin alcanzarse ninguno haciéndose los disparos; y un infeliz transeúnte que acertó a pasar al cabo, creyendo que era el arroyo zona neutral de aquél campo, mientras los que disparaban permanecían intactos quedó el pobre en un instante ¡como no quiero pensarlo!...

—Adivina usted ahora la moraleja del caso, que, después de todo, al público no puede importarle un rábano? El que no es de don Florencio ó de Sinestio Delgado, ese mi querido amigo, ¡lleva los lavativazos!

FÉLIX LIMENDOUX

El periódico por dentro.

El público, que lee todas las mañanas los periódicos, desconoce los pequeños misterios encerrados en las columnas de un diario. Ve en ellas lo que se dignan mostrarle; yo procuraré ahora decirle lo que le ocultan. Sin revolver los papelotes del juez de instrucción, ni aludir á personalidades conocidas, atribuiré á mis personajes, puramente imaginarios, rasgos reales, tomados del natural.

EL FUNDADOR-DIRECTOR

Pululan por las calles de París cierta clase de hombres activos y ambiciosos que sueñan con fundar un periódico. No son literatos, ni artistas, ni siquiera escritores políticos, sino que los tales suelen ser hombres de negocios, deseosos de adquirir, en pocos años, influencia y fortuna. Proviene los unos de la Bolsa y se han formado en las agencias teatrales y en las bancas de segundo orden. Esta es una excelente escuela para conocer bien la canallería humana; allí se aprende á descubrir á los granujas y á cogerlos en sus propias redes. Otros han empezado por ser agentes de anuncios. Han servido de intermediarios entre comerciantes y el periódico, poniendo á éste (mediante una honrada retribución), al servicio de aquéllos, y arrancando al comerciante una buena suma en provecho del diario. Un buen agente de publicidad debe sobresalir en esta clase de operaciones. Necesita sangre fría, audacia, sutileza, la energía de Torquemada y la astucia de Teyllerand. El que lleva á feliz término una de estas campañas está ya lo suficientemente ducho para convertirse en director de un gran periódico diario. Y este es el fin á que aspira, poniendo en juego todos los resortes para conseguirlo. Explora el horizonte, tratando de descubrir en él esa rara avis, que muchos consideran como una caza preciosa.

LA REDACCIÓN

Se divide en dos secciones. Hay la redacción de pago, junto con otra de vividores. La primera constituye la fachada del periódico, y es la que asegura el éxito entre el público. Los que escriben la crónica del día, la novela, el artículo humorístico, de igual modo que los poetas y *reporters* entregan los originales á cambio de sus honorarios. Nada más correcto. Estos no intervienen (la mayoría por lo menos), en ninguna combinación deshonorosa. Son artistas que colocan sus obras, de igual modo que un pintor vende sus cuadros y un dramaturgo representa sus dramas, sin mezclarse en los chanchullos de los directores de teatro y de los corredores de obras artísticas. La redacción de vividores ofrece distinto carácter. En primer lugar, suele ser anónima, bulle entre bastidores. Se compone de caballeros de industria, de agentes de negocios, que buscan donde dar el golpe y que vienen á proponérselo al director. Ocurre con frecuencia que el director se deja caer. Cuando su periódico prospera y se basta á sí mismo, entonces se mantiene prudente y sólo acepta las transacciones medio honrosas y que no le exponen á ningún disgusto. Vende su publicidad sin darle apariencia de venta. Es decir, que desliza, entre los artículos literarios, artículos de pago, donde el reclamo se oculta como la serpiente entre las flores. Esta práctica admítase en las publicaciones más serias y me parece inútil indignarse ante ella. Cuando el periódico pierde dinero, y el Director se encuentra hostigado por acreedores terribles, entonces abre su puerta á todo género de campañas; acoge cuanto se le lleva; no reflexiona en las consecuencias, no quiere razonarlas; no ve más que el billete de Banco que cae en su caja á fin de mes y que prolonga su agonía.

EL «CHANTAGE»

He tenido ocasión de escribir en una de esas hojas miserables, asistiendo ¡ay! como

redactor gratis á las dolorosas comedias que allí se representaban. La casa la dirigían dos hombres inteligentes, uno de ellos de espíritu delicado, que brilló en las letras y que la fatalidad de las circunstancias había precipitado en el mundo de los negocios; el otro era enérgico y emprendedor, elegante en su persona, y con voz pausada y algo dura. No insisto porque temo trazar de mi antiguo «director» un retrato perfecto de su persona. El papel timbrado llovía en su gabinete. El alguacil se presentaba invariablemente antes del mediodía para proceder á los embargos. Por la tarde, veíase el imprescindible billete de 1.000 pesetas. Esto duró tres años. ¿A qué sortilegio se debía la aparición cotidiana de aquel billete? ¿De dónde provenía? Estos son secretos que nunca lograron descifrarse. Los rumores más fantásticos corrían por la sala de la redacción. Se hablaba de un riquísimo español que daba la fuerte suma para hacerse naturalizar francés.—Mañana cobrará el periódico cien mil francos.—Y los cadavéricos *reporters*, á quienes debían dos meses, suspiraban por los hermosos luises que iban á caer en sus bolsillos exhaustos. El manantial era impuro, es cierto. ¿Pero quién se fija teniendo el estómago vacío y niños que piden pan! Otras veces se anunciaba que el Gobierno del Brasil iba á subvencionar el periódico. En realidad, había recursos menos químicos para subsistir. Se practicaba el «chantage» con el mayor descaro. Un *desahogado* (parece que lo estoy viendo), especie de policía sospechoso, apto para todas las faenas, examinaba atentamente la *Gaceta de los Tribunales*. Cuando veía un proceso escandaloso que pudiera perjudicar á alguno, se iba en busca de la persona interesada: «O paga usted ó publico *in extenso* el fallo de su proceso, con consideraciones nada halagüeñas y ampliamente desarrolladas, y si es preciso, los informes de su adversario». De diez veces, nueve el litigante abría su portamonedas, y la partida era ganada...

LA PRENSA CALLEJERA

La prensa barata empezó con Emilio Girardin. Antes de él, los periódicos costaban 100 francos anuales, 20 céntimos el número, y las tiradas eran muy pequeñas. Un día Girardin tuvo una inspiración genial; se hizo á sí mismo el siguiente razonamiento:

«Si hiciese una tirada mayor de ejemplares de mi periódico, los gastos generales de la edición no sufrirían aumento sensible, y por consiguiente el precio de cada ejemplar podría rebajarse. Tirando más, aumentarían los anuncios, y los haré pagar también más caros; de donde deduzco que para ganar más, me basta disminuir el precio del número y dirigirme á una clase nueva de lectores. De una parte, con el fin de atraer á las personas cultas, á los *porteros*, como dirían los maliciosos, publicaré novelas en forma de folletín; llegaré á dar á Dumas 60 céntimos por línea, sin exceptuar las de los diálogos, los *joli*, los *jah!* y las líneas de puntos suspensivos. Por otro lado, los anuncios me proporcionarán un suplemento de ingreso. Los anuncios costean el periódico.»

De tal razonamiento ha salido la prensa moderna. La idea de Girardin ha fructificado; fué la base de su fortuna, enriqueciendo á cuantos le han imitado. La antigua gaceta á 15 céntimos agoniza. La ha sustituido la hoja á perra chica, ese tiburón del periodismo que penetra en los pueblos á caza de lectores é inunda la Francia de mal papel. Los *anuncios costean el periódico*; los directores de los diarios han aplicado con demasiada exactitud esta fórmula. Los periodistas de 1890 pecaban por exceso de candor; los del siglo XX son bastante más cándidos. El periódico era en otro tiempo una tribuna, donde peroraban voces vehementes y convencidas y casi siempre desinteresadas; hoy se ha convertido en una casa de comercio que alquila á todo el mundo su publicidad.

ADOLFO BRISSON.

(Traducción de JUAN RANA.)

ESCENARIO POLITICO

EN VÍSPERAS.

JUAN RANA sale antes de las elecciones.

Es la única ventaja que le lleva á muchísimos de los candidatos que no han de salir ni hoy ni el domingo, Salmerón y García, por ejemplo.

Pero esta ventaja supone el inconveniente de no poder hablar en este número del resultado de la lucha electoral.

Nos contentaremos, pues, con hablar de los preparativos de la batalla, algunos de los cuales son eminentemente cómicos.

Repasando la prensa, tropezamos, en primer término, un telegrama de *La Correspondencia*, que dice:

«Desde Valencia acompañó al candidato, Sr. Peris Mencheta, una nutrida comisión de almacenistas de *guano*, agradecidos á las gestiones que dicho señor realiza en favor de los intereses de aquéllos.»

Me figuro las *gestiones* para favorecer el abono.

Aunque más propio sería llamarles *digestiones*.

Y hablando más adelante del *meeting* celebrado en el distrito, añade el mismo *corresponsal*:

«El Sr. Mencheta, muy emocionado, muestra su agradecimiento por los agasajos de que es objeto, sintiéndose orgulloso de ostentar el título de hijo de Sueca.»

Privilegio que no está reservado al Sr. Peris exclusivamente; porque no hay diputado que en cuanto tiene el acta no se haga el sueco.

En realidad, son graciosísimos estos *meetings* de propaganda electoral.

El Sr. Rodríguez de la Borbolla se presentó en Coria, y desde que asomó por el pueblo comenzaron á silbarle y á apedrearle.

Intentó celebrar un *meeting*, á pesar de esto, y los de Coria, aun siendo tontos, se metieron en... el teatro, y apenas alzado el telón comenzaron nuevamente los silbidos ni más ni menos que si se tratase de un estreno de Sinesio Delgado; y el Sr. Rodríguez de la Borbolla tuvo que salir... del pueblo corriendo como un *Gamazo* que además de ser su jefe es el aumentativo de gamo.

Pablo Iglesias, en Bilbao, al exponer su programa político dijo que iba á las Cortes á combatir las corridas de toros.

Recomendamos á Don Modesto este número del programa de Pablo Iglesias, y creemos por nuestra parte que es una gran candidez la del infatigable propagandista del socialismo al hacer tamaña declaración sin tener en cuenta que hay un ganadero que es ministro y que, no estando él *encasillado*, triunfarán los que el duque de Veragua tenga ya *encasillados* de acuerdo con Moret.

Por lo cual no podrá combatir las corridas de toros nada más que de una forma: no yendo á ellas.

En Madrid, Romero Robledo está echando el pulmón, hablando cada noche en un distrito.

El jueves habló en la *Prosperidad*, y hoy discurrea en el *Hospital*.

Es el tránsito de todas las grandezas humanas.

Su fantasía de político meridional le ha llevado á presentar candidatos en casi toda España.

Muy bien que los presente y que salga él sol(o) por Antequera.

Estas son las maniobras electorales que venimos padeciendo desde hace quince días, y que ni siquiera son tan vistosas como las que se celebran en Carabanchel.

Dentro de cuarenta y ocho horas habrá terminado todo con el clásico pucherazo, y exclamará Moret vanagloriándose:

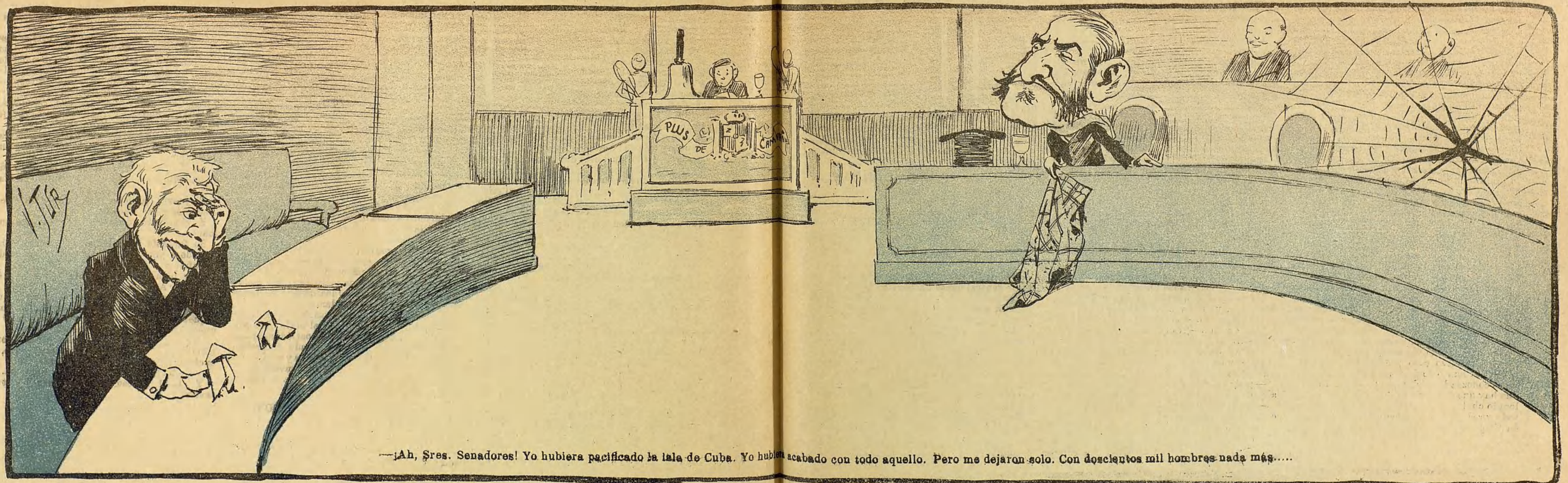
—No he podido obrar con más limpieza. Y ¡claro! por eso vendrán muchas actas sucias.

LAS "MANIOBRAS," DE WEYLER

EN TIEMPO DE PAZ



EN TIEMPO DE GUERRA



MALAS COMPAÑÍAS

No temáis ¡oh, simpáticos lectores de JUAN RANA! que debajo del título con que encabezó estas líneas haya una diatriba mordaz y maligna contra las compañías teatrales, ni un discurso de moral casera, ni mucho menos una plática aconsejando morigeración y honestas costumbres.

Nada de eso. Supongo que ya de chiquitines en vuestras casas os aconsejaban las personas mayores y respetables que huýerais de las malas compañías.

Supongo, también, que esos consejos no los habréis seguido, por la sencillísima razón de que las malas compañías, á que se refieren siempre las gentes serias y provecas que se erigen en guías y directoras de la juventud, son los amigos alegres y calaveras que le incitan á uno á ir por ahí de *pícos pardos*, y las muchachas que con sus atractivos y encantos le hacen á uno andar de cabeza.

[Estas clases de compañías son tan simpáticas y sugestivas...]

No; no trato de esas, sino de otras mucho peores, más peligrosas y perjudiciales, que ahora existen, cuyos efectos perniciosos casi es imposible evitar y de las que hay que huir á todo trance.

Vayan algunos ejemplos:

La Compañía de Tranvías. Poneos en frecuente trato con ella, y corréis el grave riesgo de que cualquier coche de esos con aspecto de furgón fúnebre que recorren las calles, os rompa un brazo, una pierna ó os haga picadillo bajo las ruedas. Esto aparte del peligro continuo de morir como los novillos, que antiguamente se mataban en la plaza de toros por el procedimiento de la chispa eléctrica. Desde que funciona ese sistema de locomoción, el personal de las Casas de Socorro no puede dar abasto á la tarea diaria de componer miembros destrozados, y la Necrópolis del Este ha aumentado de un modo prodigioso su población de *fiambres*.

La Compañía de Tabacos. Entregaos con cierta asiduidad al inocente vicio de fumar los cigarros que expende, diciendo que son elaborados con las hojas escogidas y más selectas del aromático vegetal que se cultiva en Vuelta Abajo, Kentuki y Virginia, y os exponéis á un envenenamiento paulatino, á una muerte segura por consunción galopante. La ciencia química se declara impotente para analizar y clasificar las materias nocivas que contiene eso que nos *sirven* con el nombre presuntuoso de tabaco. Como que hay por ahí infinidad de víctimas de ello, y he conocido unos cuantos desesperados que para suicidarse modestamente y sin escándalo, no encontraron medio mejor que fumarse dos cigarros seguidos de 15 ó 20 céntimos.

La Compañía de Cerillas. Tratad con ella, y veréis qué petardos. Hay cerillitas que para encenderlas es necesario tomar tantas precauciones como se tomaban antes para disparar una escopeta de chispa. Se parecen las cerillas á sus arrendatarios en que *explotan* de lo lindo. Y nunca más á propósito puede decirse que no es cera toda la que arde. Casi todas las cerillas se deshacen entre los dedos como sebo puro. Tienen también otra ventaja, y es, que os pasáis una hora frotando la cabeza fosfórica contra la lija, y, nada, no se enciende; pero guardáis la caja en un bolsillo y ¡no es olor á chamusquina el que os da en la nariz al menor descuido! Entonces entran las cerillas en combustión espontánea.

La Compañía Trasatlántica. ¡Libreos Dios de la necesidad de un viaje allende el mar! Os *mareará* en grande antes de embarcar; os sacará el dinero haciéndoos pagar á precio enorme el pasaje, y luego, como sardina en barril ó como higo en cesta, os conducirá á través del líquido elemento para ir á desembarcar—salvo caso probable de naufragio—en el punto de destino, en tal guisa que no os conozca la madre que os parió. Individuo hoy que embarcó en Barcelona sano y colorado cual una manzana, ostentando abultado y redondo abdomen, que al desembarcar en Valparaíso iba descolorido como un repa-

triado cubano, lacio como un manojo de acelgas y con la piel de la tripa pegada á los riñones. Esto, haciendo la travesía en segunda clase de preferencia. ¡Cómo llegarán los que viajen en tercera sin preferir!

La Compañía de Ferrocarriles. Frecuentar el trato con ella, es lo mismo que tener la existencia pendiente de un hilo. Leed la prensa y llevad la cuenta de los descarrilamientos, choques y siniestros cotidianos. Tened por seguro que todas las personas que veáis por ahí que afronten con valor y serenidad los mayores peligros, es porque están acostumbradas á viajar en ferrocarril. Quien no teme meterse diariamente en los trenes españoles, no se asusta ni aun viéndose á cuatro pasos delante de un toro de Miura. Todos los viajeros debían tener la nota de «valor acreditado».

Estas ¡oh, lector! son las compañías malas de que debes huir. Te lo aconsejo guiado por el mejor deseo.

No se me olvida ni olvido que hay otras compañías malas de diversas clases, de las que también debemos todos guardarnos; pero no tengo tiempo ni espacio para señalarlas todas.

Basten por hoy las apuntadas.

JOSÉ CINTORA.

SUBASTA DE CUADROS

Me hablaron de una magnífica subasta de cuadros al óleo de todos tamaños y firmados por los más notables artistas: paisajes, episodios históricos, retratos conocidísimos; unos con marco, otros sin él.

Fui á visitarla y quedé dolorosamente impresionado al ver el poquísimo interés que despiertan algunos cuadros, dignos, ciertamente, de mejor fortuna.

El público era heterogéneo: mujeres de todas edades y categorías; la vieja aristócrata vestida con traje de seda, codeándose con la chulita de mantón negro y falda de percal; militares retirados, periodistas, artesanos, cesantes *e tutti quanti*...

Empezó la subasta sacando un individuo que se hallaba sobre un tablado, un cuadro enorme, que tenía cuatro metros corridos de altura por tres de ancho.

—¡Aquí tienen ustedes *El hambre*!—exclamó el vendedor.

—¡Qué grande es!—pensé yo para mi colete; y oí que á mi izquierda murmuraban varios señores que han ocupado los primeros puestos públicos:

—Están rifando nuestra obra.

—Como ustedes ven—continuó diciendo el mercachifle encargado de poner los cuadros en mala prosa,—*El hambre* está prodigiosamente representada. Su autor, que es un distinguido maestro de escuela, la puso una corona sobre las sienes; fué un capricho que no acertó á explicarme, pero estoy seguro de que esta figura representa el Hambre: el hambre disfrazada de monarquía. Veamos, váyanse animando; ¡nadie desea el hambre?

En el público se nota mucho desasosiego, pero nadie se atreve á pujar.

—Señores, este cuadro vale una peseta... ¿no hay quien dé más?... Silencio sepulcral.

—¡Nadie quiere *El hambre*!—insiste el vendedor desesperanzado.

Un cesante.—A mí me la dan gratis á todas horas, y cada vez la recibo peor.

Un meritorio.—Lo mismo me sucede á mí.

Todos á una.—¡No la queremos, no la queremos!...

Entonces sacaron otro cuadro que representaba una mujer vestida de blanco, con una espada y unas balanzas en las manos.

—¡Sabe el respetable público lo que esta alegoría significa?—preguntó el vendedor.

—No la conocemos—respondieron los circunstantes á coro.

—Pues es, *La Justicia*.

—¡Oh!... (gran sensación).

—Ha gustado mucho y la están vendiendo diariamente... ¿No la quieren?... Un grupo de artesanos.—Nosotros, sí; pero no pintada, como la hemos visto hasta ahora.

Varios contrabandistas, falsificadores y prohombres de sospechosa procedencia.—¡Llévesela usted, porque eso se compra en cualquier parte.

El dueño retira el cuadro y presenta otro.

—Aquí hay un *San Sebastián*.

Una voz.—¿Por qué está desnudo?

Un cesante.—Porque habrá sido empleado.

Un político consecuente.—Porque sería un militar pundonoroso que no quiso cambiar de casaca en las revoluciones.

Un periodista de oposición.—Ese *San Sebastián*, desnudo y asaeteado, representa al pueblo, pobre y acibillado de contribuciones.

Todos indignados.—¡Fuera, fuera!... ¡No queremos ver nuestro retrato!...

Después sacaron un cuadrillo muy chiquitín.

—He aquí *La vergüenza*, original de una corista arrepentida que dejó el teatro para dedicarse á pintar sus recuerdos—dijo el vendedor.

Varios concejales en voz baja.—¿Qué dice ese hombre?

Un político que empezó su vida pública negando á Dios y ahora reza todas las noches el rosario con Pidal.—No le he entendido; pero creo que la vergüenza es la madre del hambre...

Un joven inexperto que ignora cómo anda el mundo por dentro.—¡Me quedo con ella!...

Sonrisita general.

El vendedor, muy satisfecho, sacando una tablita.

—¡Señores, *La paz*!... ¿Quién la quiere?...

Todos: comerciantes, hacendados, fabricantes.—¡Nosotros, nosotros!

—¿Cuánto dan ustedes por ella?...

—Cuanto tenemos.

El vendedor, de pronto y retirando el cuadro:

—Caballeros, ustedes dispensen; no me acordaba de que *La paz*... está comprometida.

Luego presentaron otros muchos cuadros.

—¡Las esposas!—gritó el dueño.

—¿Son de carne ó de hierro?—preguntó un soltero corto de vista.

—Igual da—repuso un viudo desengañado;—lo mismo sujetan unas que otras.

El cuadro, *Un marido*, se vendió inmediatamente y á buen precio, levantando una tempestad entre el bello sexo que ocupaba el salón.

El cuadro de *Judas* provocó un fuerte escándalo, porque muchos políticos se creyeron aludidos... y sucesivamente fueron sacando otros de cuyos nombres *no quiero acordarme*. La Felicidad, el Cariño, la Virtud, el *Pan nuestro de cada día*, los Destinos y cien más...

—¡Adelante, señores, adelante!... Los marcos no se pagan.

EDUARDO ZAMACOIS.

UN HOMBRE FELIZ

(CUENTO)

Inocencio era un buen hombre, lo que se llama generalmente un bendito de Dios, y lo mismo pudiera llamarse en muchos casos un imbécil; además tenía la suerte de ser feliz, completamente feliz: bien es verdad que lo era á la manera de los adoquines, que en su triste situación lo pasan tan ricamente porque ni sienten ni padecen. Hubiera sido más natural que se considerase un desgraciado; pero hay muchos, é Inocencio uno de ellos, que en todo estado y condición, bajo el peso de todos los males y desdichas, viven felices y satisfechos.

Relincha alegremente el caballo y da muestras de contento, cuando corre libre y suelto;

pero se le en... y se mueve... que le sujet... ta; nunca se... como otros... y abatimien... animal gim... ó golpeado... neralmente... muestra car... la servidum... otro, ufano... cuando tien... escarnecido... todo sin que... encienda la... ma amargá... cillos que se... lla de que a... de que uno... ner Dios qu... para sufrir...

Quedamo... Empleado y... casa de com... se sentaba... ó las seis de... tando factu... noches, des... oficina otra... biera sido r... sus millon... aumentar e... durante añ... horrible tec... de canjilón...

No le irri... horas con l... contribuye... otro ganase... á él no le q... los días en... y podía ve... cielo azul r... sentía hon... campos ale... bajo cielos... sentidos y... estar encer... la pluma si... mecidas y... horas; y en... fatigado, s... escandecia... oyendo el r... habitación... bailes, risa... goces y pl... que él, tra... una de las... ba el diner... mas si teni... po, flojo y... Y lejos d... sentía feliz... de limpiar... digno de m... fecho, tará... Esta pas... quiera llam... cio de su fe... que ayuda... ta de aspir... cible que e... semejanza... mente al a... su alma nu... los y locos... tuvo, se ha... alojada en... se preocupa... que más pr... tras, y jam... tadoras vis... gustadas d... ¡Qué feli... cesitaba na... tina, al ca... casa, temp... perarlo su... seguramen... ción de la...

pero se le enfrena, y entonces pateo furioso, y se mueve violentamente entre las correas que le sujetan, al sentir el látigo que le azota; nunca salta ó retoza la bestia de carga como otros animales, y un reflejo de tristeza y abatimiento apaga el brillo de sus ojos; todo animal gime, aulla ó ruga, al ser oprimido ó golpeado, y por el contrario, el hombre, generalmente, como es superior á ellos, lo demuestra cantando y riendo en la abyección y la servidumbre; se doblega y humilla ante otro, ufano y satisfecho, sonríe con agrado cuando tiene que inclinarse servilmente, y escarnecido, vejado, maltratado, lo soporta todo sin que un chispazo de noble orgullo le encienda las mejillas y el dolor le llene el alma amargándole la vida; algunos son tan sencillos que se consuelan con la chuscada aquella de que así lo dispone Dios. ¡Disponer Dios que unos no coman y otros se harten: disponer Dios que unos vivan para gozar y otros para sufrir: disponer Dios!...

Quedamos en que Inocencio era muy feliz. Empleado y explotado en el escritorio de una casa de comercio, á las nueve de la mañana se sentaba á trabajar y ¡hala! hasta las cinco ó las seis de la tarde, haciendo números, sentando facturas, copiando cartas, y muchas noches, después de comer mal y á prisa, á la oficina otra vez, que el día no bastaba y hubiera sido una tontería que el amo mermase sus millones en unas cuantas pesetas para aumentar el personal; y esto un día y otro durante años y años, sin aburrirse, sin sentir horrible tedio, muy complacido con su papel de canchilón de noria ó manecilla de reloj.

No le irritaba la idea de pasar ocho ó diez horas con la espalda doblada sobre los libros, contribuyendo con todas sus fuerzas á que otro ganase medio millón anual, en tanto que á él no le quedaba ni para vivir con holgura; los días en que el sol brillantaba las calles y podía ver desde su asiento un pedazo de cielo azul recortándose entre los tejados, no sentía honda tristeza al pensar que habiendo campos alegres, rientes, inundados de luz bajo cielos esplendorosos, donde recrear los sentidos y solazar el espíritu, él tenía que estar encerrado en oscura oficina, moviendo la pluma sin descansar, con las piernas entumecidas y la cabeza inclinada horas y más horas; y en las noches de verano, al trabajar fatigado, sudoroso, bajo la luz de gas que le escandecía los ojos y le abrasaba la cara, oyendo el ruido que venía de arriba, de las habitaciones del amo, ruidos de músicas y bailes, risas de hombres y mujeres ahitos de gozos y placeres, no le apenaba considerar que él, trabajando hasta reventar, siendo una de las piezas de la máquina que destilaba el dinero para pagar aquellas fiestas, apenas si tenía buena cama donde echar el cuerpo, flojo y desmayado por el cansancio.

Y lejos de contrastarle su misera situación y llorar su triste destino, amaba la vida, se sentía feliz, y al concluir la tarea, después de limpiar la pluma con cuidadoso esmero digno de mejor causa, se marchaba tan satisfecho, tarareando alguna canción popular.

Esta pasiva resignación, idiotez ó como quiera llamarle el lector, cimentaba el edificio de su felicidad, y eran robustos puntales que ayudaban á sostenerlo, la falta absoluta de aspiraciones ó ideales, la calma bonanásible que en su espíritu reinaba siempre. A semejanza de esas aguas que corren mansamente al abrigo de vientos y tempestades, su alma nunca se agitó en torturantes anhelos y locos deseos; y la imaginación, si la tuvo, se había dormido aburrida de hallarse alojada en el cerebro de un hombre que sólo se preocupaba de ser entre sus compañeros el que más pronto sumaba una columna de cifras, y jamás le atormentaba fingiéndole tentadoras visiones y pintándole cuadros de no gustadas dichas y venturas.

¡Qué feliz era Inocencio! No apetecía ni necesitaba nada. Las noches que no iba á la oficina, al café á jugar al dominó, y después á casa, tempranito, para que no tuviera que esperar a su mujer, una rubia muy bonita, que seguramente le quería mucho en compensación de la aperreada vida que llevaba. Inocencio no dudaba de su cariño. ¿No se había casado con él? ¿No le recosía la ropa y le cuidaba el puchero? ¿No le había dado dos chiquillos muy sanos y hermosos?

Pudiera habérselo ocurrido que esto, lo único que prueba, es que la sabia Naturaleza funciona siempre, sin importársele un comino de ciertas cosas; que la nutrición no deja de verificarse aunque las sustancias ingeridas sean desagradables al paladar, y lo mismo ocurre en las demás operaciones orgánicas, y que si sólo tuviesen hijos los maridos verdaderamente amados por sus mujeres, serían muy pocos los que llegasen á ser papás; pero Inocencio no molestaba su pensamiento haciéndole alambicar de esta manera, y hacía bien: es la razón de que muchos duerman tranquilos.

La noche en que le encontramos sus ideas habían tomado un rumbo muy distinto al ordinario: ni pensaba en el libro de caja, ni en las partidas de dominó ganadas la noche antes. Esperaba á uno con quien estaba citado en un cuarto de una taberna, y del inmediato, separado del suyo por un tabique de madera que sólo llegaba á la mitad de la pared, venían á cada momento ruidos que escuchaba con asombro y extrañeza; besos como aquellos tan fuertes y sonoros que estallaban á modo de cohetes, no los había él recibido nunca; aquellos besos acusadores de unos labios que se buscaban con ansia uniéndose apretadamente, no se parecían á los de su mujer, tan frios, tan insulsos siempre.—¿Cuánto se querrán esos!—se decía, oyéndolos.—No me figuraba que pudiera besarse de ese modo. ¿Será que mi mujer no me quiere?

Tanto le inquietó esta idea y tan distraído le puso, que más tarde, al jugar al dominó, le faltó aquel tino admirable, de que se envanecía, para calcular los tantos que le quedaban á los contrarios cuando cerraba un juego. Cuando se acostó, la idea seguía volteando en su cabeza con tenacidad desesperante, y comprendiendo que no iba á dejarle dormir, y dando pruebas de su poco seso, contó á su mujer lo de la taberna y las dudas que le asaltaban, comparando las caricias que había oído con las de ella.

—Mira—concluyó diciendo,—no llegué á verla y no sé si sería bonita ó fea, pero te confieso que casi lo envidié á él; por cierto que érami principal; lo conocí en un momento que alzó la voz, llamando al mozo. —¿Lo puedo yo remediar—exclamó ella.—Yo te quiero mucho, con toda mi alma; pero si no sé besar de ese modo ¿qué le hago?—Y le miraban sus ojos tan cándidamente, que Inocencio sentía renacer la perdida tranquilidad.

—Soy un estúpido—se dijo para su capote. —En vez de felicitarme, me disgusto porque mi mujer es una chiquilla inocente, sin pizca de malicia, y no sabe hacer lo que aquella, que sería una cualquiera. Más vale así.—Y sonriendo seráficamente, se acomodó para dormir, al mismo tiempo que ella pensaba:—De buena he escapado; seré más prevenida en adelante.

¡Que feliz y qué bueno era Inocencio!

M. CRUZ Y DIAZ.

Pacotilla teatral.

Don Benito se dió la otra noche una vueltecita por la plaza de la Cebada.

Donde, como saben todos, se está haciendo un nuevo experimento con la última obra teatral del insigne escritor canario.

¡Electra en el vacío...!

Don Benito fué á Novedades «por atún y á ver al Duque».

Enterados, por confidencias, la *claque* y los dependientes de la Empresa de la presencia de Galdós en la primera caja (que es la suya), le hizo salir á escena, tributándole una ovación tan cariñosa como entusiasta y espontánea.

Un verdadero fenómeno de *electricidad*... positiva.

Hace bien D. Benito en recorrer los distritos, inspirándose en las teorías eminentemente prácticas de otros autores que se distinguen por su admirable golpe de *vista*.

«El ojo del amo...»

Weyler ha resultado el tenor *di bravura* en la Compañía lírica gubernamental que ha logrado reunir D. Práxedes.

Sus notas valientes y decididas sobre la cuestión catalana, en los últimos Consejos, han llamado justamente la atención de los *dilettanti* de la política.

A pesar de que la gente hallábase distraída con eso del *supuesto táctico* del campamento carabanchelero.

Que para muchos descreídos, desilusionados del brillo de la gloria de Marte, ha resultado un nuevo *táctico*... *supuesto*.

Otra vez Arriolita.

El prodigioso niño ha caído sobre Nikisch, el famoso director alemán de la Orquesta Filarmónica, al que no ha evitado la *lata* lo breve de su paso por Madrid.

Nikisch, según el conmovedor relato de la prensa, se impresionó muchísimo con la precocidad de *Pepito*, y prometió nutrir al niño con los tesoros de su ciencia.

Cuando dé de mano á la harina de Nestlé y la revalenta, que serán ahora la base de su nutrición física.

Es prodigioso—tan prodigioso como el *niño*—lo bien que quedamos con los extranjeros ilustres que caen en la tentación de visitarnos.

A los argentinos les enseñamos á Aguilera y Barroso, en calidad de políticos de altura.

Para los músicos alemanes el ejemplo de Arriolita constituye la prueba más fehaciente de nuestro progreso musical.

Sin reflexionar que el que con niños se aventura...

La compañía de Giovannini ha pasado á mejor vida.

Por diferencias económicas con la empresa de Eslava ó timidez en el cumplimiento del contrato, al decir de los italianos, la compañía ha levantado su vuelo y se ha posado en Córdoba.

Buscando mayor espacio... y más fácil cobro.

En cambio la compañía de opereta francesa que actúa en Lisboa, ha debutado anoche en nuestro teatro de la Princesa.

Entrada por salida.

Esta *troupe* francesa que ha comenzado sus tareas con *La poupée*, anuncia á algunos de sus artistas como primeros y distinguidos «de los teatros de París».

Lo cual es muy socorrido y no compromete á nada.

Aparte de que estamos en plena *Isidrada*, época que favorece mucho la importación escénica, ¿quién le quitará á Chicote, por ejemplo, el dictado de «primer actor de los teatros de Madrid?».

Y por ahí le anda.

En Romea, Compañía de Varietés, nuevas ediciones del famoso *couplet* de «la pulgan».

Actualidades y Japonés redoblan sus atractivos en todos los géneros, instrumental de barbería, vocal (procacidades bilingües) y coreográfico ó de zafarrancho anatómico.

El teatro mínimo se impone.

A bien, que, como decía el otro (el otro espectador), ó el espectador del otro género: ¡pa lo que hay que ver!

"EL HÓRREO,, La mejor Sidra Champagne.

Medalla de oro en la Exposición de París y Grandes premios y Diplomas de honor en las de Burdeos, Marsella y Niza.—Depósito en Madrid: Campomanes, 6.

PEDRO DOMECCO

JEREZ DE LA FRONTERA

CASA FUNDADA EN 1730

Representante en Madrid

DON JOSÉ GARCÍA ARRABAL

Calle de la Montera, 12, segundo.

Puntos de venta de los vinos de DOMECCO:

Viuda de Levis, Alcalá, 17.
Vicente de Cos, Sevilla, 16.
Francisco de Cos, Almirante, 6.
Agustín Piñero, Paseo de Recoletos, 31.
Aquilino San José, Hortaleza, 31.
David Vega, Magdalena, 42.

Cesáreo Alvarez, Barquillo, 3.
Alvaro y Compañía, Alcalá, 35.
Julian Vaquero, Barquillo, 12.
Lázaro López, Viveros de la Villa.
Silván y Martín, Conde de Romanones, 6.
Emilio Suárez, Plaza del Rey, 9.

Y en general en los principales establecimientos de Ultramarinos y Vinos.

"LA FUNERARIA,,
20, PRECIADOS, 20
CASA FUNDADA EN 1867

La más antigua; la que tiene el mejor material y la más económica en precios.
Teléfono 225

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCAS Y TES

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Depósito general: Mayor 18 y 20.—MADRID

Disponible.

VISITAD LA

SASTRERÍA DE CUADRADO

43, Ancha de San Bernardo, 43.

MADRID

IBARRA Y COMPAÑIA

SEVILLA

Línea regular de vapores entre Bilbao, Marsella, Sevilla y puertos intermedios.

Dos salidas semanales de los puertos comprendidos entre Bilbao y Marsella.

Servicio semanal entre Pasajes, Gijón y Sevilla.

Tres salidas semanales de todos los demás puertos hasta Sevilla.

Servicio quincenal entre Bayonne y Burdeos.

Se admite carga a flete corrido para Rotterdam y puertos del Norte de Francia.

Para más informes, oficinas de la dirección y D. Joaquín de Haro, consignatario.

PEDIR EN TODO EL MUNDO

AGUAS DE CARABANA

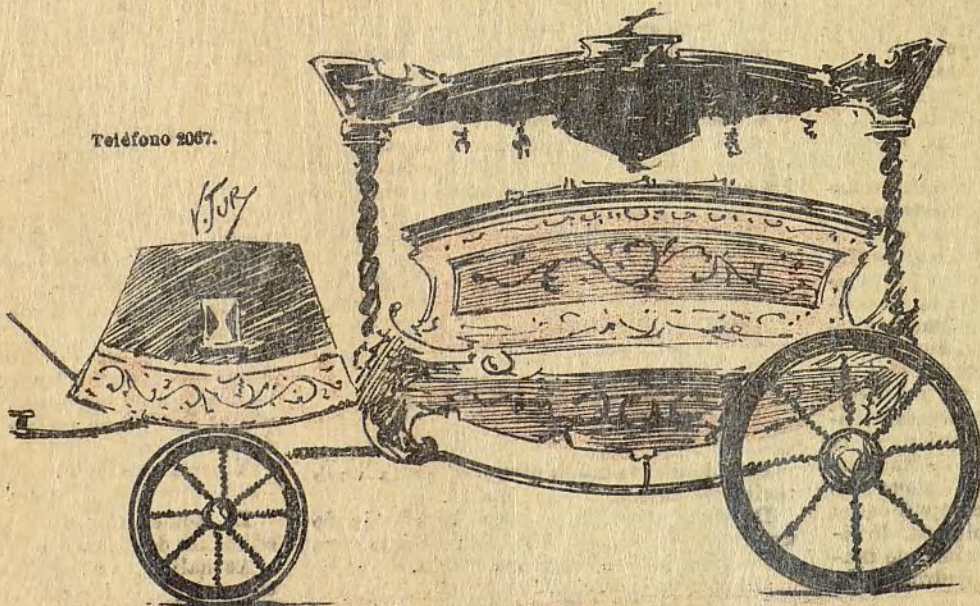
PURGANTES, DEPURATIVAS, ANTIBILIOSAS, ANTIHERPÉTICAS, ANTIESCROFULOSAS Y ANTISEPTICAS

UNA PESETA LA BOTELLA.—GRAN DEPURATIVO.—ÚNICAS EN EL CONSUMO.—VENTAS: FARMACIAS Y DROGUERÍAS

AGENCIA FÚNEBRE MILITAR

46 — Claudio Coello — 46

Teléfono 2067.



Sólo por ir en un coche como este, lector, que ves, entran ganas de morirse... y resucitar después.